

**Lectura del santo Evangelio según San Mateo 28, 16-20**

En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les habla indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo».

EXPLICACIÓN DE LA FIESTA

En este domingo, que sigue a Pentecostés, celebramos la solemnidad de la Santísima Trinidad. Gracias al Espíritu Santo, que ayuda a comprender las palabras de Jesús y guía a la verdad completa (cf. Jn 14, 26; 16, 13), los creyentes pueden conocer, por decirlo así, la **intimidad de Dios** mismo, descubriendo que él **no es soledad infinita, sino comunión de luz y de amor, vida** dada y recibida en un **diálogo eterno entre el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo**, como dice san Agustín, **Amante, Amado y Amor**.

En este mundo nadie puede ver a Dios, pero **él mismo se dio a conocer** de modo que, con el apóstol san Juan, podemos afirmar: "**Dios es amor**" (1 Jn 4, 8, 16), "hemos conocido el amor que Dios nos tiene, y hemos creído en él" (*Deus caritas est*, 1; cf. 1 Jn 4, 16). Quien se encuentra con Cristo y entra en una relación de amistad con él, acoge en su alma la misma comunión trinitaria, según la promesa de Jesús a los discípulos: "*Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada en él*" (Jn 14, 23).

Todo el **universo**, para quien tiene fe, **habla de Dios uno y trino**. Desde los espacios interestelares hasta las partículas microscópicas, todo lo que existe remite a un Ser que se comunica en la multiplicidad y variedad de los elementos, como en **una inmensa sinfonía**. *Todos los seres están ordenados según un dinamismo armonioso, que analógicamente podemos llamar "amor"*. Pero sólo **en la persona humana**, libre y racional, este dinamismo llega a ser espiritual, llega a ser amor responsable, como respuesta a Dios y al prójimo en una entrega sincera de sí. **En este amor, el ser humano encuentra su verdad y su felicidad**.

Entre las diversas analogías del misterio inefable de Dios uno y trino que los creyentes pueden vislumbrar, quisiera citar la de la **familia**, la cual está llamada a ser una comunidad de amor y de vida, en la que la diversidad debe contribuir a formar una "parábola de comunión".

Obra maestra de la santísima Trinidad, entre todas las criaturas, es la **Virgen María**: en su corazón humilde y lleno de fe Dios se preparó una morada digna para realizar el misterio de la salvación. El Amor divino encontró en ella una correspondencia perfecta, y en su seno el Hijo unigénito se hizo hombre. Con confianza filial dirijámonos a María, para que, con su ayuda, progrese en el amor y hagamos de nuestra vida un canto de alabanza al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo (B XVI, 11 junio 2006).

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

"*Bendito sea Dios Padre, su Hijo Unigénito, y el Espíritu Santo porque han tenido misericordia con nosotros*". Así empieza mañana la Misa. Es la exclamación agradecida, llena de admiración, que impregna nuestra vida.

La única actitud es extasiarse... "Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de Su Hijo, que clama: ¡Abba! ¡Padre!" (Gál 4,6), cantaremos en la antífona de Comunión... "*¡Qué maravillosa, Señor, es Tu palabra! Su superficie parece sonreír como a los niños, pero su fondo, ¡cuán asombroso es, Señor! No es posible mirarlo sin sentir vértigo. Vértigo de respeto que hace temblar de amor*" (S. Agustín)... Bendecimos al Dios de los cielos y lo ensalzamos ante todos los vivientes, porque ha tenido misericordia con nosotros.

Claridades proféticas acompañan a María

Dios te salve, María, Hija de Dios Padre, Madre de Dios Hijo, Esposa de Dios Espíritu Santo. María nos introducirá en la contemplación del insondable misterio... "*¡Qué abismo de riqueza es la sabiduría y ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son Tus juicios! ¡Qué irrastrables Tus caminos!*" (Rom 11,33). Es la Virgen, templo y sagrario de la Santa Trinidad, quien nos enseña a contemplar el sacramento adorable...



María toca el Infinito. Su grandeza la lleva hasta los confines mismos de la Trinidad. Ella penetra allí como Madre del Hijo. Es el secreto de todos sus privilegios. La Virgen tiene por Hijo al Hijo único del Padre, de Quien procede eternamente el Espíritu Santo. En pleno ciclo de la Vida Trinitaria, se origina su Maternidad Divina. La asocia Dios en el tiempo a la generación eterna del Verbo.

Ninguna criatura ha entrado como Ella en los abismos de la Trinidad... Sin éxtasis en la tierra, sin visión beatífica, sin conocimiento angélico. María vive apacible en la intimidad de las Tres Personas Divinas... Vive en la pura fe. Una fe luminosa alumbrada por los dones

del Espíritu Santo. Claridades proféticas necesarias a su misión de Madre de Dios y de los hombres, la acompañan...

Ha querido darnos todo por Ella

Los Tres la contemplan con embeleso... El Padre la acaricia con Su mirada. El Espíritu Santo la enciende en amor. El Hijo se encarna en sus entrañas virginales para vivir en inefable unión con y en Ella... La Trinidad no tiene secretos para María. La ha constituido en Su Mediadora universal. Al ofrecer a su Hijo Único en el Calvario por sus otros hijos, nos alumbró a todos a la Vida Divina.

Elevada al cielo desde el día de la Asunción, va encaminando a sus hijos a través de todas las crucifixiones de este mundo, hacia los esplendores de la Trinidad Santa. Es la mediación siempre actual de María... Nos invita a recurrir a Ella para adorar y amar al Padre por el Hijo en el Espíritu Santo. Ni una sola gracia descende a nuestras almas sin pasar por las manos mediadoras de María... Esa es la voluntad soberana de Aquel que ha querido darnoslo todo por Ella (S. Bernardo).

Dios es Familia

Padre, Hijo, Espíritu Santo. Es Trinidad y Unidad. Trinidad que no rompe la Unidad. Unidad que se dilata en Trinidad. Igualdad absoluta de una misma coexistencia eterna... Triple luz parpadeando en única estrella (Dante). Dios es Familia, Dios es Amor Eterno (1 Jn 4,8). Quiere asociarnos a todos a su Vida Trinitaria... Lo consigue enviándonos a Jesús. "*Tanto amó Dios al mundo, que le entregó a Su Hijo Único*" (Jn 3,16). Quien cree en Él se transforma en hijo de Dios (Jn 1,12)...

¡Bendigamos al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo porque han tenido misericordia con nosotros...! Nos han querido asociar a Su

Familia Eterna haciéndonos hijos adoptivos en Cristo Jesús... Dios Padre crea el universo de los cuerpos y de los espíritus. Envía a Su Hijo al mundo sólo para hacernos hijos de la Trinidad. Es nada menos que la Trinidad ganada o perdida para siempre, lo que pone en juego en todo hombre que nace... "¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo! Dios que es, que era y que vendrá" (Ap 1,8), cantaremos en el Aleluya.

Primer origen, último destino

La Trinidad Santa es nuestro primer origen y nuestro último destino. A través de la historia del mundo, la Trinidad conduce a la Trinidad... De Ella nacemos, en Ella desembocamos... Todo lo que conduce a Ella es deseable. Todo lo que nos aleja, es falso y frágil. Cada minuto que pasa es germen de Eternidad, *semen aeternitatis* (S. Agustín). Si somos creyentes, nos sumergimos, cada instante en la luz pura de la fe. Nos eternizamos en Dios por el amor.

Antes de nacer, Dios Trinidad pensaba en cada uno... "Amemos a Dios, porque Él nos amó primero" (1 Jn 4,19). Terminante afirmación. Nos amó antes de existir. "Con un amor eterno te he amado y, sacándote de la nada, te atraje, misericordioso, hacia Mí" (Jer 31,3). "Nos eligió antes de la fundación del mundo" (Ef 1,4). Los Tres arrullándonos en Su pensamiento eterno antes de nacer, porque "en Él vivimos, nos movemos y existimos" (Hech 17,28). Un escalofrío de amor agradecido nos invade...

Lo dice S. Pablo: "Para que seamos santos en Su Presencia en Cristo Jesús", a impulsos del Amor (Ef 1,4-5). S. Juan se embelesa: "Mirad el amor del Padre con nosotros. Ha querido llamarnos hijos de Dios y que en realidad lo seamos" (1 Jn 3,1)... ¡Vértigo de respeto que hace temblar de amor!...

"Dios será todo en todos"

La contemplación de la Trinidad en la Unidad es el fin y deleitoso fruto de toda nuestra vida (Sto. Tomás). Es el término feliz de nuestros más insignificantes actos... La mayor felicidad del hombre sin que se pueda pensar otra mayor. Gozar de Dios Trino, a cuya imagen fuimos hechos (S. Agustín).

¡Último, feliz e inacabable destino! No lo comprenderemos hasta alcanzarlo... A la pura luz de la Trinidad captaremos el sentido profundo de la creación del mundo, de los ángeles y hombres, de la venida del Hijo al mundo "para que recibamos la adopción de hijos de Dios" (Gál 4,5).

El mundo no cesará hasta que el último de los elegidos sea introducido por la visión del Verbo, en la Familia de la Trinidad. Este universo de padecimientos y muerte dejará paso a un universo nuevo. "Nuevos cielos, nueva tierra" (2 Pe 3,13; Is 65,17 y 66,22), en que "Dios será todo en todos" (1 Cor 15,28). Sólo entonces, los escogidos, a la luz del Verbo, descubrirán el porqué de "la gran tribulación de la tierra" (Ap 7,14). Repetirán incansables: "Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo, porque han hecho con nosotros misericordia...".

"Tú dentro... y yo fuera"

Último destino, la Trinidad Inefable. Sí, pero ya desde ahora, sin esperar el cielo. La Trinidad adorable vive en nosotros... ¡Misterio insondable! La inmensidad de Dios en la insignificancia del hombre...

Lo llevo en mi corazón... Te lo dice Jesús. "Si alguno me ama, Mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él Nuestra morada" (Jn 14,23). Vendremos y haremos, Yo y el Padre. El Espíritu Santo es el Amor de ambos, también Él vive en mí... ¡La Trinidad augusta en la pequeñez de mi diminuto corazón! No me suceda lo que al soldado suizo. En la batalla de Grandsee encuentra en 1476 una piedra preciosa de inapreciable valor. Pensó que era un simple cristal. Quiere tirarla. Por fin vende por unos céntimos la joya. Después se revendía por veinte mil libras.

S. Agustín ya se sorprendía. "Estabas Tú dentro, y yo fuera, *intus eras, et ego foras*" (Confesiones 10, 27). Nos pasa lo mismo. Mil bagatelas nos distraen... No vivimos "la intimidad de todos los instantes con Dios, sin que nada venga a distraer al alma de este oficio de amar" (Isabel de la Trinidad). Olvidamos que Dios Trino está íntimamente unido a lo más interior mío y es infinitamente superior a mí (S. Agustín).

"¡Opus divinum! ¡Divina creación!"

¡Trinidad en nosotros! Somos ya cielo. "Eres cielo, e irás al cielo" (S. Agustín). Irás..., pero ya lo eres. Desde ahora somos hijos de Dios, pero todavía no se nos muestra lo que llegaremos a ser. "Cuando se nos revele, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es" (1 Jn 3,2). Desde ahora ya, pues "santo es el templo de Dios que sois vosotros" (1 Cor 3,17). Templos de Dios, templos del Espíritu Santo. S. Pablo nos llama indistintamente: "¿No sabéis que sois templo de Dios y el Espíritu de Dios habita en vosotros?" (1 Cor 3,16)...

¡Opus divinum!, divina creación, dicen que exclamó Miguel Ángel al admirar las colosales puertas de bronce de Ghiberti en el baptisterio de Florencia... ¡Maravilla divina la Trinidad en nosotros! Sólo cabe la adoración agradecida, desaparecer amando... Dejarse transformar por el Espíritu en hostia de alabanza cantando el poder de la gracia, *in laudem gloriae gratiae suae* (Ef 1,6).

"María, pórtico de la Trinidad"

Miremos a la Trinidad Santa en lo alto de los cielos y dentro de nosotros. Allí vivamos ya con el corazón, y aquí encontraremos reposo. Dios es ardiente sol con calores de rojo hogar. Iluminará dentro del corazón tu ruta peregrina. Sol que funde en blanca cera y dulce miel amarguras y sinsabores de la vida en espera del día eterno, "mientras la noche va pasando" (Rom 13,12).

Caminemos hacia la Trinidad Santa mirando sin pestañear la Estrella. Con el corazón cantando cada día más cerca de la meta. "Atardecer del día, aurora de Eternidad, ¡Virgen sagrada María!, pórtico de la Trinidad..."

Elevación de Santa Isabel de la Trinidad

¡Oh, Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme enteramente de mí para establecerme en Ti, inmóvil y tranquila, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, ¡oh mi Inmutable!, sino que cada minuto me sumerja más en la hondura de tu Misterio.

Inunda mi alma de paz; haz de ella tu cielo, la morada de tu amor y el lugar de tu reposo. Que nunca te deje allí solo, sino que te acompañe con todo mí ser, toda despierta en fe, toda adorante, entregada por entero a tu acción creadora.

¡Oh, mi Cristo amado, crucificado por amor, quisiera ser una esposa para tu Corazón; quisiera cubrirte de gloria amarte... hasta morir de amor! Pero siento mi impotencia y te pido «ser revestida de Ti mismo»; identificar mi alma con todos los movimientos de la tuya, sumergirme en Ti, ser invadida por Ti, ser sustituida por Ti, a fin de que mi vida no sea sino un destello de tu Vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

¡Oh, Verbo eterno, Palabra de mi Dios!, quiero pasar mi vida escuchándote, quiero hacerme dócil a tus enseñanzas, para aprenderlo todo de Ti. Y luego, a través de todas las noches, de todos los vacíos, de todas las impotencias, quiero fijar siempre la mirada en Ti y morar en tu inmensa luz. ¡Oh, Astro mío querido!, fascínname para que no pueda ya salir de tu esplendor.

¡Oh, Fuego abrasador, Espíritu de Amor, «desciende sobre mí» para que en mi alma se realice como una encarnación del Verbo. Que yo sea para El una humanidad suplementaria en la que renueve todo su Misterio.

Y Tú, ¡oh Padre Eterno!, inclínate sobre esta pequeña criatura tuya, «cúbrela con tu sombra», no veas en ella sino a tu Hijo Predilecto en quien has puesto todas tus complacencias.

¡Oh, mis Tres, mi Todo, mi Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo!, yo me entrego a Ti como una presa. Sumergí en mí para que yo me sumerja en Vos, mientras espero ir a contemplar en vuestra luz el abismo de vuestras grandezas.